

LA COMUNIDAD LÚCIDA*

Sergio Rojas

Podría decirse que lo que el libro de Nancy expone es una matriz para comprender la historia del pensamiento occidental como historia de la comunidad. Esto no significa como historia del pensamiento "sobre" la comunidad, sino de la comunidad misma como pensamiento. A esto cabe denominar, aquí, de entrada, el mito de la comunidad. Occidente se habría sostenido históricamente en ese mito hasta el acontecimiento de la catástrofe: [Hitler y Stalin] "Que la obra de muerte (...) haya sido realizada en nombre de la comunidad (...) es lo que puso término a toda posibilidad de reposar sobre cualquier dato del ser común (sangre, sustancia, filiación, esencia, origen, naturaleza, consagración, elección, identidad orgánica o mística)" (p. 13). Es decir, la comunidad "humana" no puede ser ya una obra. Nunca lo fue. Sin embargo, si ha de tratarse con ello de una historia, es necesario señalar, también de entrada, qué es lo que en esta historia ha estado en constante

*Texto leído en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional con ocasión del lanzamiento del libro *La comunidad inoperante* (*La communauté désœuvrée*) de Jean-Luc Nancy (traducción de Juan Manuel Garrido), Ediciones Arcis-Lom, Santiago de

devenir (qué clase de falta es la que no ha dejado de acontecer).

Nancy desarrolla la cuestión de la comunidad como mito desde el presente que constituye el siglo veinte (y, dato no menor, lo hace desde Europa, cosa de la que el autor es consciente, pues declara explícitamente, a partir de la traducción de Garrido, su interés por saber qué receptividad habría para un libro como éste en estas latitudes). Un tramo, pues, de la historia humana marcado por el acontecimiento de las dos guerras mundiales y el desarrollo de la sociedad capitalista. Pues bien, podría decirse que la historia de occidente, que Nancy narra, es precisamente la historia de cómo la comunidad devino el mito de occidente: la obra, la construcción que debía medir la grandeza o decadencia de las épocas. El libro narra su propia posibilidad histórica y en este sentido es también la historia de esta misma escena. “Conocemos la escena —escribe Nancy al inicio de la segunda parte, “El mito interrumpido”—: hay hombres reunidos, y alguien que les narra un relato. No se sabe todavía si estos hombres reunidos forman una asamblea, sin son una horda o una tribu. Pero decimos que son “hermanos”, porque están reunidos, y porque escuchan el mismo relato (...) No estaban reunidos antes del relato; los reúne el recital. Antes iban dispersos (es al menos lo que cuenta algunas veces el relato [Nancy refiere al respecto, en otro lugar del libro, la representación que hace Rousseau del estado de naturaleza: diseminados sobre el planeta]), codeándose, cooperando o enfrentándose sin reconocerse. Pero uno de ellos se inmovilizó (...) como volviendo de un misterioso exilio (...) y empezó el relato que los

unió" (p.77). Tal vez el relato narra el acontecimiento de la intemperie en la que se encuentran y que el relato les hace presente. Pero "sabemos" que se trata de un relato: que esto de que es un relato lo que reúne a los hombres es también un relato. Entonces, estaríamos tentados de concluir apresuradamente: sólo hay relatos (sabemos, por cierto, del antecedente nietzscheano de una tal "conclusión": sólo hay interpretaciones). Pero, ¿qué significaría eso? ¿Qué ya no existimos al abrigo de los mitos? ¿Qué sólo hay la exterioridad? ¿Y no sería éste también un relato: el mito de la exterioridad y del descampado, el mito de lo que ya se nos decía que ocurriría al día siguiente del fin? Pues, como escribe Nancy, "no puede haber humanidad que no renueve incesantemente el gesto de su mitación" (p. 89).

No se trata sin embargo de que con la desventurada historia de lo que podríamos llamar la ética y la política en la época de la técnica el tema de la "comunidad humana" haya terminado por mostrarse como un mito, en el sentido de ser una ilusión o un mero relato que animaba la historia pasada, como si el mito fuese algo así como la verdad de la comunidad (con lo cual la comunidad deviene "la idea" de comunidad). Se trata más bien de la historia del presente: de cómo la comunidad es hoy nombrada como mito, de cómo el mito devino "mito". Es decir, se trata de lo que yo denominaría por ahora la lucidez epocal de occidente. "Para el hombre —escribe Lévi-Strauss en *El pensamiento salvaje*, citado por Nancy— la sabiduría consiste en mirarse vivir su interioridad histórica provisional, sabiendo a la vez (mas en otro registro) que lo que vive tan completamente e

intensamente es un mito, que aparecerá tal a los hombres de un siglo por venir" (p. 96). La lucidez tiene que ver precisamente con esta posibilidad de percibirse a "sí mismo" bajo el signo de lo histórico (historicismo al que Nietzsche en la Segunda Intempestiva, sobre la conveniencia y perjuicio del conocimiento histórico, había calificado como la enfermedad de la modernidad). Debilitamiento de todo contenido por la conciencia del devenir incesante de las formas, cuando de todo lo que es se dirá un día que ha sido.

El mito es lenguaje, pero lenguaje cuyo cuerpo es el mundo mismo, como arraigo de la existencia y, en eso, como promesa de la comunidad. "El mito es la naturaleza comunicándose al hombre, a la vez inmediatamente —porque ella se comunica a sí misma—, y mediatamente —porque ella se comunica (habla)" (p. 87). En este sentido, el reconocimiento del mito, el reconocimiento de su lenguaje y, por ende, de su condición de articulado, es precisamente la interrupción del mito. "Acaso —escribe Nancy— la idea del mito concentre, ella sola, toda la pretensión de Occidente de apropiarse de su propio origen, o de retirarle su secreto, para poder al fin identificarse, absolutamente, en torno a su propia proferencia y a su propio nacimiento. (...) En este sentido (...) ya no tenemos nada que hacer con el mito" (p. 82). Este es un relato acerca del mito, un mito del "mito". Sin embargo, no se trata simplemente de un relevo, sino de una suspensión. ¿Por qué la suspensión?

El título del libro, *La comunidad inoperante* (como traduce Garrido a sugerencia e insistencia del propio Nancy) dice, entonces, la comunidad lúcida,

la comunidad que sabe de su propia condición histórica y del horror de cancelar la historia en nombre de la historia, de devastar la comunidad en nombre de la comunidad, pero en el entendido de que ese saber no es simplemente algo de lo cual habríamos llegado a estar “al tanto”, sino más bien un forma de existir cuya historia habría de ser necesariamente una historia otra, una historia que no puede ser contada. Por ahora la comunidad “empírica” del presente sabe “de sí” como pretensión, pero esto significa también que carece de sí. Esta carencia de sí, esta des-posesión, se expresa en ese decantado, en esa especie de figura emblemática de la modernidad que es el individuo. En este punto resulta fundamental la diferencia que Nancy retoma y desarrolla entre singularidad e individualidad. “El individuo no es más que el residuo que deja la experiencia de la disolución de la comunidad. Por su naturaleza —como su nombre lo indica— es el átomo, el indivisible—, el individuo revela ser el resultado abstracto de una descomposición” (p. 20). Una prueba de ello es precisamente aquella suerte de ética a partir de la cual el individuo se constituye: la ética de la soberanía sobre sí, como el ejercicio de una disciplina sobre la propia naturaleza, siempre a punto de disolverse asediado por todo lo que ha debido no sentir para poder sentir como sujeto, de lo que ha debido no pensar para poder pensar como sujeto, de lo que debido no desear para poder desear como sujeto, de lo que ha debido no esperar para poder esperar como sujeto.

A partir de esta situación de orfandad y extrañamiento se plantea el tema moderno del “vínculo social” tratado por Nancy: el proyecto de

intensamente es un mito, que aparecerá tal a los hombres de un siglo por venir" (p. 96). La lucidez tiene que ver precisamente con esta posibilidad de percibirse a "sí mismo" bajo el signo de lo histórico (historicismo al que Nietzsche en la Segunda Intempestiva, sobre la conveniencia y perjuicio del conocimiento histórico, había calificado como la enfermedad de la modernidad). Debilitamiento de todo contenido por la conciencia del devenir incesante de las formas, cuando de todo lo que es se dirá un día que ha sido.

El mito es lenguaje, pero lenguaje cuyo cuerpo es el mundo mismo, como arraigo de la existencia y, en eso, como promesa de la comunidad. "El mito es la naturaleza comunicándose al hombre, a la vez inmediatamente —porque ella se comunica a sí misma—, y mediatamente —porque ella se comunica (habla)" (p. 87). En este sentido, el reconocimiento del mito, el reconocimiento de su lenguaje y, por ende, de su condición de articulado, es precisamente la interrupción del mito. "Acaso —escribe Nancy— la idea del mito concentre, ella sola, toda la pretensión de Occidente de apropiarse de su propio origen, o de retirarle su secreto, para poder al fin identificarse, absolutamente, en torno a su propia proferencia y a su propio nacimiento. (...) En este sentido (...) ya no tenemos nada que hacer con el mito" (p. 82). Este es un relato acerca del mito, un mito del "mito". Sin embargo, no se trata simplemente de un relevo, sino de una suspensión. ¿Por qué la suspensión?

El título del libro, *La comunidad inoperante* (como traduce Garrido a sugerencia e insistencia del propio Nancy) dice, entonces, la comunidad lúcida,

la comunidad que sabe de su propia condición histórica y del horror de cancelar la historia en nombre de la historia, de devastar la comunidad en nombre de la comunidad, pero en el entendido de que ese saber no es simplemente algo de lo cual habríamos llegado a estar "al tanto", sino más bien un forma de existir cuya historia habría de ser necesariamente una historia otra, una historia que no puede ser contada. Por ahora la comunidad "empírica" del presente sabe "de sí" como pretensión, pero esto significa también que carece de sí. Esta carencia de sí, esta des-posesión, se expresa en ese decantado, en esa especie de figura emblemática de la modernidad que es el individuo. En este punto resulta fundamental la diferencia que Nancy retoma y desarrolla entre singularidad e individualidad. "El individuo no es más que el residuo que deja la experiencia de la disolución de la comunidad. Por su naturaleza —como su nombre lo indica— es el átomo, el indivisible—, el individuo revela ser el resultado abstracto de una descomposición" (p. 20). Una prueba de ello es precisamente aquella suerte de ética a partir de la cual el individuo se constituye: la ética de la soberanía sobre sí, como el ejercicio de una disciplina sobre la propia naturaleza, siempre a punto de disolverse asediado por todo lo que ha debido no sentir para poder sentir como sujeto, de lo que ha debido no pensar para poder pensar como sujeto, de lo que debido no desear para poder desear como sujeto, de lo que ha debido no esperar para poder esperar como sujeto.

A partir de esta situación de orfandad y extrañamiento se plantea el tema moderno del "vínculo social" tratado por Nancy: el proyecto de

una sociedad espacializada, una sociedad de la equidistancia sobre la cual sea posible la “comunidad” como comunicación entre individualidades y, por lo tanto, entre incomunicados. Por eso escribe Nancy: “En cuanto individuo, estoy cerrado a toda comunidad, y no será excesivo decir que el individuo —si por lo menos un ser absolutamente individual pudiera existir— es infinito. Su límite, en el fondo, no le concierne (...)” (p. 53).

El advenimiento de la sociedad inoperante es también el advenimiento de la inmanencia. En este sentido, lo de Nancy es una historia de la modernidad y, por ello, una historia de la subjetividad que se conduce fatalmente hacia la conciencia de sí misma como operación, lo cual significa una vez más su propio desfundamiento. ¿Qué es la inmanencia epocalmente comprendida? El advenimiento de la inmanencia es el fin de la trascendencia, el fin o el agotamiento de toda exterioridad, de aquella exterioridad con respecto a la cual la inmanencia (como “interioridad”) se constituye como lugar, como límite, desde donde es poblado el más allá: la interioridad como modo de llevarse con la exterioridad absoluta. Pero cuando, por efecto de una subjetividad hipertrofiada, la interioridad sabe de sí como lugar de producción de la trascendencia, ésta resulta capturada por la inmanencia, y la interioridad misma se enajena. El fin de la exterioridad es el triunfo de la exterioridad. Inmanencia sin trascendencia. Despliegue de la intemperie en donde la intemperie no es sino la propia subjetividad a solas consigo misma. El mito deviene mito, es decir, deviene relato, deviene, pues, “literatura”.

De aquí que Nancy diga que el mito deviene "mito", es decir "literatura" en la misma medida en que la literatura deviene "literatura": "con el mito del escritor se elaboró el mito moderno del mito [del mito que se sabe mito]: el relator primitivo fue imaginado a partir del escritor, y le fue remitido como su modelo original. (Esto representa, en una palabra, el sujeto de la literatura, del habla o de la escritura, un sujeto que puede adoptar todas las formas, desde el mero relator-enunciador hasta el auto-engendramiento del texto, pasando por el genio inspirado"(p. 115). Surge la pregunta por el asunto del lenguaje y, en eso, la condición externa del lenguaje como habla y como escritura. Decíamos recién que lo que Nancy expone es el devenir del pensamiento de la comunidad, el devenir pensamiento de la comunidad. Esto significa que la comunidad se transforma en asunto del pensamiento, en objeto del pensamiento, que el pensamiento (como ejercicio del sujeto) ha de pensar la comunidad y que, en eso, se opone, se enfrenta a la comunidad como a la tarea de producción de un suplemento. De aquí el nazismo y el stalinismo: la comunidad como asunto de planificación, subsunción total de la comunidad en el espacio. La comunidad deviene algo por realizar. Esto significa precisamente el pensamiento "con asunto": el pensamiento como colaborador de la realidad. En necesario, sin embargo, distinguir el tipo de diferimiento que Nancy plantea con respecto a la comunidad de la nostalgia romántica: la humanidad como asunto de una "poesía infinita" (Schlegel). La referencia al romanticismo alemán no viene dada solamente por el afán de desmarcarse de un antecedente histórico

temáticamente familiar, sino por el hecho de que sirve como matriz de la relación con la plenitud como aquella pérdida que es constitutiva a la idea misma de comunidad. Es precisamente con respecto a esa imposibilidad constitutiva de la comunidad humana en el romanticismo, como “conciencia desdichada”, que Nancy quiere desmarcarse. Esto significa también, para nosotros, el trabajo rigurosamente teórico por desmarcarse de una cierta estética de la trascendencia como imposibilidad de su representación. Esta cuestión recorre el libro de Nancy en los términos de la diferencia entre filosofía y literatura, mas no considerados como géneros de escritura, sino como la tesitura del pensamiento mismo. Es decir, dar cuenta de la relación entre filosofía y literatura exige dar cuenta de la relación entre pensamiento y literatura: de cómo el pensamiento filosófico deviene literatura, de cómo la literatura releva a la filosofía en la historia de la filosofía, como pérdida definitiva de su asunto, como estética del duelo, como pensamiento no sólo de lo impensable (cuestión siempre posible en la medida en que el pensamiento guarde una relación con lo que no es todavía pensamiento), sino de la imposibilidad. Pensamiento que se piensa y, ante todo, se quiere imposible. Amor por la pérdida, amor por lo definitivo, pensamiento de un sujeto infinito lamentando infinitamente su finitud, sujeto inmortal en duelo infinito por la muerte que le trae cada instante.

“Pude comprobar —escribe Bataille, citado por Nancy— que estos libros [El Culpable y La experiencia interior], llevan a aquellos que los leen, hacia la facilidad. Agradan a menudo a los espíritus vagos e impotentes que quieren

huir y dormir y se satisfacen con la escapatoria literaria" (p. 27, n). Pero el sentido que el término literatura tiene en este texto es otro: se refiere a la conciencia del lenguaje, conciencia del cuerpo del sentido, la emergencia de los recursos y las prótesis del sentido para una conciencia insomne que se siente al cabo de la historia. La relación al sentido, podría decirse, es aquí la experiencia de la falta de sentido, del aun no del sentido. "La comunidad, lejos de ser lo que la sociedad habría roto o perdido [como ocurre en el romanticismo], es lo que nos ocurre –pregunta, espera, acontecimiento, imperativo- a partir de la sociedad" (p. 31).

La historia, dice Nancy, no es historia de alguna realización "La historia finita, o la historia en cuanto historia, la historia en su historicidad (...) no es la presentación de alguna realización, ni de alguna esencia, de aun de su propio proceso o transcurso. Es la representación de la no esencia de la existencia (...)" (p. 170). La historia no es la historia de la realidad, cuestión que, por cierto, nos parece tan fácil de aceptar como difícil de concebir. Pero esto no significa que sea sólo la historia de los afanes humanos en el incesante devenir de las representaciones que los llenaron de "contenido" en cada época, sino que se trata de la historia de esa realidad constitutivamente imposible que es precisamente lo humano mismo, "humanidad" con respecto a la cual la realidad como patrón de verdad ha sido siempre una violencia, especialmente cuando se ha tratado de la puesta en obra de la comunidad, de su realización.

La comunidad no es ni una realidad ni una

ficción, sino aquella reserva en virtud de la cual realidad y ficción se nos presentan tan pronto relacionados como diferenciados en la historia del pensamiento, en la medida en que éste no habría tenido otro asunto que la comunidad. Volvamos entonces a la pregunta que dejamos: ¿por qué Nancy habla de una suspensión del mito? Los acontecimientos de los siglos XIX y XX han dispuesto hoy la conciencia del poder conformador del pensamiento usurpando la realidad: un pensamiento que se hace real en la misma medida en que la realidad se hace racional (y, en eso, abstracta). La comunidad habría devenido algo humano, demasiado humano. Lo humano mismo ha devenido algo demasiado humano.

“No hay ya sino imperialismos que juegan entre ellos sobre el fondo de otro imperio más, o de otro imperativo técnico-económico, y de las formas sociales que dan forma a este imperativo. La comunidad dejó de estar en cuestión (...) Siempre se trata esencialmente de obra, de operación o de operatividad” (47).

En este sentido, la comunidad inoperante es la comunidad que ya no puede ser obra. El imperativo de la técnica, al consumir el horror, abandonó el proyecto de la comunidad, y entonces ésta retorna como la exigencia insistente del “ser en común”, exigencia todavía inaudita, como lo otro que la realidad, como trascendencia en la inmanencia.